

Byung-Chul Han, *No-Cosas. Quiebras en el mundo de hoy*, trad. por Joaquín Chamorro (Ciudad de México: Taurus, 2021), 139 pp.

RECEPCIÓN: 11 de enero de 2021.

APROBACIÓN: 2 de marzo de 2023.

DOI: 10.5347/01856383.0145.000308863

Este libro de Byung-Chul Han resume lo que el pensador coreano ha sostenido a lo largo de su obra. La diferencia estriba en el uso del concepto de “no-cosa” como dominante en la cultura actual. La tesis que recorre el libro es que ya no hay cosas. Se ha perdido el sentido de las cosas, su dureza, su solidez, su lugar en la tierra. Por lo mismo, el hombre ha dejado de pensar en las cosas. Eso significa que no contempla ni reflexiona; no es devoto de las cosas. Hoy, el hombre solamente piensa en el consumo, vive en la velocidad, busca los estímulos, se hunde en el mundo de la información donde nada es estable, todo se torna virtual.

148

El libro se compone de quince breves ensayos. Algunos de ellos son repetitivos porque tratan los mismos temas. El primer ensayo se titula “De la cosa a la no-cosa”. Han sostiene que el mundo se torna cada vez más intangible, nublado y espectral. Ya no habitamos la tierra y el cielo, sino Google Earth y la nube. Un ejemplo es el teléfono inteligente, el Smartphone. Los datos son información que se sucede constantemente, imágenes que pasan a gran velocidad. Los infómatas se nutren de informaciones, no de cosas. Así se comunican con otros sin darse la cara unos a otros. Lo que importa es el “me gusta” de algo que se pone en el muro (metáfora del “muro de piedra” en pantalla líquida). El *Dasein* ha muerto. El ser humano es un *infor*g. El ser-ahí en el mundo se convierte en un ser no-ahí en la nube de los datos.

Ya no importa la verdad. No importa saber del mundo como sostén de la vida. El orden digital pone fin a esa era de la verdad y pone en escena la sociedad de la información posfactual. Interesa lo que se comenta en las redes sociales, no lo que ocurre en la realidad. Se abrigan recuerdos que pronto se

olvidan, se acumula información que pierde actualidad casi de inmediato. El hombre va perdiendo la memoria y el sentido del tiempo. De las cosas en el mundo se pasa a las no-cosas en la red.

En el ensayo “De la posesión a las experiencias”, Han dice que pasamos de la máxima “Yo *soy* tanto más cuanto más *tengo*” a la máxima “Yo *soy* tanto cuanto más *experimento*”. La idea es que el tener se asociaba al aprecio por las cosas. Poco a poco, las cosas dejan de ser valoradas. Más aún: el hombre ya no quiere las cosas. Solía querer y cuidar las cosas. La falta de afecto por las cosas las convierte en meros objetos de consumo. Lo que se defiende es la sociedad del desperdicio. Se consume libremente algo que luego es un desecho. Consumimos personas lo mismo que objetos. Y los desechamos. Igualmente, construimos nuestra identidad en los medios sociales. Nuestra identidad es cambiante.

El hombre solía tener una historia con las cosas. Eso era el coleccionista. La utilidad era menos importante que el valor de la cosa. Para Walter Benjamin lo que importa es la historia y la fisonomía de las cosas.

Si la cultura se convierte en mercancía, entonces lo que está en peligro es nuestra vida en comunidad. El tercer ensayo se titula “Smartphone” y reitera lo dicho hasta aquí. El giro que le da Han es el siguiente: el medio es el mensaje, y si el medio es un teléfono ligero, intercambiable (si lo perdemos, compramos otro), la gravedad del peso desaparece. Es decir, el teléfono inteligente que acapara horas de nuestra vida diaria no pesa, no tiene gravedad. La ligereza se acompaña de la movilidad, porque podemos llevar a todos lados el Smartphone. Y así llevamos a los “amigos”, las “imágenes”, la “información”, el “mundo”. Al tocar la pantalla someto el mundo a mis necesidades. Me siento libre. El *mundo está digitalmente a mi disposición*. Sin embargo, no hay nadie allí.

Perdemos al otro. La relación entre el yo y el otro se anula, por lo que la responsabilidad del yo con el otro se vuelve innecesaria. Hoy, la comunicación es una comunicación descorporeizada. El cuerpo desaparece, y con ello, el misterio del erotismo. Estamos en el ámbito de lo que se muestra sin misterio. La era pornográfica puebla el escenario. En el cuarto ensayo, Han habla de las “Selfies”. El sujeto se toma una fotografía y la muestra a los demás. Aparenta alegría, se ríe, se acomoda, posa. Pero a diferencia de la fotografía analógica que capta los rayos del sol y los graba en granos de plata (Barthes) creando un ectoplasma, una alquimia de la inmortalidad, la selfie no tiene misterios, no perdura, no se desgasta. Atrás de la selfie hay datos matemáticos, algoritmos,

unos y ceros, ecuaciones, que producen una imagen. Se traduce la luz en datos. En lugar de decir “esto que veo en el retrato, ha sido”, lo que decimos es “esta foto es bonita, me gusta”. Se pierde el sentido de la temporalidad; todo se vuelve inmanente y efímero. Por eso no hay *continuidad narrativa*, sino *visión lúdica sin relato*. Pasamos de la era de contar algo, a la era de los chismes.

En la “Inteligencia Artificial”, Han es contundente. Dice: “El ‘comienzo de un filosofar es’, según Heidegger, el ‘despertar de una disposición anímica fundamental que nos determina de modo fundamental’” (55). Esa disposición anímica es la totalidad afectiva abierta al horizonte del mundo. El *pathos* es apasionado ante el horizonte del mundo. La disposición a alcanzar el conocimiento es la verdadera inteligencia en Heidegger. Hoy el *pathos* está suplantado por la *apatía*. Ya no hay pasión. Todo se calcula. La inteligencia artificial es incapaz de pensar. Mientras la inteligencia conoce el mundo y cambia los hechos, la inteligencia artificial procesa información predefinida y los hechos siguen siendo los mismos.

Las cosas nos visitan. Han dice en “Visitas de las cosas” que las cosas tienen calor, nos espantan, nos sorprenden, se amoldan a nuestras necesidades. Las cosas son pérdidas porque nos asedian, nos miran. Sartre decía que era tocado por las cosas. Rilke decía que las cosas irradian calor. Las cosas bellas calientan el corazón. La digitalización “quita a las cosas cualquier materialidad ‘rebelde’, cualquier resistencia [...] El mundo actual es muy pobre en *miradas* y *voces*. No nos mira ni nos habla. Pierde su *alteridad*” (70, 71). El mundo se desrealiza, dice Han.

Al final de este gran libro, Byung-Chul Han regala dos ensayos que constituyen piezas poéticas maravillosas. Se titulan “Silencio” y “Una digresión sobre la gramola”. ¿Qué decir del silencio? Lo sagrado está ligado al silencio. El silencio ordena nuestra atención al mundo superior, no coacciona, da libertad y paz. En el silencio *no soy nadie*. Habla el otro. Al guardar silencio se callan las voces de los prejuicios, se olvidan los rencores, se escucha el eco de todo paisaje. Al escuchar, el hombre es uno con el todo, en el olvido dichoso de sí mismo. El silencio despierta la contemplación. En el mundo digital todo es ruido, hipercomunicación, velocidad, vulgaridad. El mundo de los datos no es sagrado, no eleva, no atiende. Dice Han: “La basura de la información y la comunicación destruye el paisaje” (101). Las no-cosas hacen tanto ruido que nos alejan de la cosa en lo real. Por eso, no sabemos nada del yo y del otro. Solo sabemos consumir.

Han compró una gramola (sinfonola). Dice que se enamoró de las luces, la caja abdomen, el tragamonedas y el mecanismo perfecto casi humano de su gramola. Se sentaba horas, a oscuras, a escuchar la música que lo remontaba a la década de 1950. Dice que su gramola es un otro real que lo acompaña. No es una cosa. No es no-cosa. Es una entidad real que significa algo. Peter Handke habla de las cosas que permiten ver el mundo, que nos sitúan en un lugar. Las cosas que duran, que son mágicas, producen una felicidad ajena a todo cálculo. Dejemos de calcular. Hagamos a un lado las no-cosas y volvamos al mundo, al habitar con el otro.

Hermoso libro, debe ser leído.

JOSÉ MANUEL OROZCO GARIBAY  
Departamento Académico de Estudios Generales, ITAM